

EL RITO DE LA PAZ (I)

P. FARNES

El rito de la paz es un gesto jurídicamente libre y en cierta manera nuevo por cuanto antes del Vaticano II sólo se realizaba en las misas solemnes y únicamente por parte de los clérigos. Hoy, quizá debido a la *novedad* de la práctica, algunos lo omiten sistemáticamente mientras otros lo subrayan de manera excesivamente exagerada. Por otra parte en no pocas ocasiones se da a este gesto un significado bastante lejano a lo que en realidad simboliza. Un rito, en suma, que necesita, incluso con urgencia, ser clarificado y realizado con verdad y expresividad. Ayudar al logro de esta mejora es lo que pretende esta aportación.

1. El rito de la paz, gesto cristiano importante y explicitado ya en el Nuevo Testamento

Empecemos diciendo que el rito de la paz no es una innovación del misal de Pablo VI sino un gesto cristiano muy antiguo - primitivo y apostólico incluso- que la reforma litúrgica se ha limitado simplemente a restaurar como gesto habitual. Este es un hecho, que quizá pueda extrañar a los que practicaron la liturgia de antes del Vaticano II, pero que es históricamente innegable.

En el Nuevo Testamento, en efecto, se alude ya con frecuencia a este gesto, y su referencia a las reuniones cristianas es innegable. *Saludadós unos a otros con el beso ritual* dice Pablo al final de no pocas de sus cartas (Cf. v. gr. Rm 16, 16, en 1 Co 16, 20 y 2 Co 13, 12). Lo mismo hallamos en la primera carta de Pedro: *Saludadós unos a otros con el beso fraterno* (4, 14). Recordar que

la más primitiva tradición cristiana presenta de manera tan explícita este gesto que constituye una razón más que suficiente para valorizarlo y para no prescindir nunca de él a no ser que se presenten razones muy graves.

2. El rito de la paz, gesto subrayado desde los orígenes de la Iglesia

No sólo el Nuevo Testamento sino el conjunto de los documentos cristianos más primitivos, incluso aquellos que por su sobriedad apenas dan detalles de la celebración, aluden con frecuencia al gesto de la paz y subrayan con insistencia su significado. Sería largo -impropio de un artículo que no pretende hacer historia sino simplemente *mejorar la celebración*- elaborar un elenco completo de testimonios sobre nuestro gesto. Pero aludir por lo menos a unos pocos de ellos puede ayudar a nuestro propósito mostrando como el gesto de la paz, si se realiza expresivamente, está llamado a dar una vivencia auténticamente cristiana a nuestras celebraciones.

Empecemos por el testimonio de san **Justino** (+ 165), el primero de los escritores que describe cómo se desarrolla la celebración eucarística. Su escrito se dirige a un pagano (el emperador Marco Antonino) y pretende únicamente ofrecerle una visión de lo que creen, hacen y celebran los cristianos. Pues bien, en su *breve* descripción de la eucaristía que sigue al bautismo no olvida aludir al gesto de la paz como uno de los más característicos de la celebración cristiana:

Después de haber bautizado al que confesó su fe, le llevamos a aquellos que se llaman hermanos con el fin de hacer comunes oraciones... Cuando hemos terminado de orar *mutuamente nos saludamos con el beso fraternal* (Apol. 1, c. 65).

Un segundo testimonio importante lo tenemos en **Hipólito** (+ 235), el autor del más antiguo ritual de la misa que ha llegado a nosotros. En este autor no sólo tenemos un testimonio de la existencia del rito, sino incluso de su significado como gesto de identidad específicamente cristiana. Hipólito, en efecto, afirma que se dan el ósculo santo únicamente los bautizados, no en cambio los catecúmenos:

Al final de la oración los catecúmenos no se darán la paz, porque su ósculo no sería santo; los bautizados, en cambio, se darán la paz mutuamente, los hombres a los hombres, las mujeres a las mujeres. (Trad. Apost. 18).

Recibido el bautismo, en cambio, los neófitos, según el ritual de Hipólito, ya podrán participar tanto en la plegaria universal como en el rito de la paz:

Después de recibir la signación (es decir la confirmación) el Obispo les dará la paz. A partir de este momento participarán en la oración de los fieles y a continuación se darán mutuamente la paz (Trad. Apost. 21)

Entre los autores más antiguos que se refieren también al gesto de la paz hay que enumerar, por ejemplo, a Orígenes (In Rom. 10, 33) y a Tertuliano (De orat. 38).

Estos significativos testimonios quedan también confirmados por el conjunto de ritos litúrgicos que conocemos cada vez mejor, sobre todo a partir del siglo IV. A los dos testimonios más antiguos -el de Justino y el de Hipólito- podemos añadir, por ejemplo, el ritual de las Constituciones Apostólicas (s. IV):

Que el Obispo salude a la asamblea diciendo: *La paz de Cristo sea con todos vosotros*. Y que todo el pueblo responda: *Y con tu espíritu*. Entonces añade el diácono: *Saludadlos con el ósculo santo* y que a continuación los clérigos besen al Obispo, los hombres laicos a los hombres laicos y las mujeres a las mujeres (Const. Apost. VIII, 11, 8-9).

3. El rito de la paz, ubicado de maneras distintas según las diversas épocas y liturgias

Un detalle que no deja de tener su importancia en vistas sobre todo a desentrañar mejor el significado del rito (e incluso para captar más exactamente el dinamismo del conjunto de la celebración) es el momento de la eucaristía en el que se realiza el gesto de la paz. Ver en qué momentos se ha situado la paz y cómo ha evolucionado en los diversos tiempos y en las distintas liturgias, puede ayudar a captar mejor el sentido genuino de nuestro gesto. Incluso puede sugerir un posible cambio de ubicación por parte de la Sede Apostólica, cambio que, en todo caso, ni puede ser obra de un particular (Sacr. Con. 22) ni hay porqué descartar como imposible o menos oportuno.¹

1. En tres ocasiones recientes la Sede Apostólica ha permitido el traslado del rito de la paz a su lugar primitivo: 1) en la liturgia ambrosiana reformada después del Vaticano II: antes del Concilio quedaba un *vestigio* (una monición diaconal) de la paz dada antes de la Plegaria eucarística pero el rito se realizaba, como en la liturgia romana, antes de la comunión; hoy el misal

4. El lugar primitivo del rito de la paz

El lugar primitivo del gesto de la paz es indudablemente el final de la Liturgia de la Palabra. Así figura en *todos* los testimonios antiguos, tanto de Roma (v. gr. Justino e Hipólito) como de Africa (Orígenes y Tertuliano) y de Oriente (Constituciones Apostólicas). En este mismo lugar, por otra parte, se ha conservado el rito de la paz *en todos los ritos, orientales* y en casi todos los occidentales (en el hispano, por ejemplo, o en el galicano y el ambrosiano) con la *única excepción* del rito romano.² Hoy, por tanto, la liturgia romana es la única que sitúa la paz antes de la comunión, sin que por otra parte pueda decirse que esta ubicación sea característica de las liturgias latinas como a veces se ha dicho, porque también Roma situaba antiguamente la paz antes de la Plegaria eucarística y en este mismo lugar la ubican las demás liturgias latinas, incluso la ambrosiana que no es sino una variante de la romana.

5. La liturgia romana rompe la antigua costumbre y sitúa el rito de la paz antes de la comunión

No se sabe exactamente cuándo la paz cambió de ubicación en la misa romana pero sí se sabe que en el siglo V en Roma ya se realizaba el gesto de la paz inmediatamente antes de la comunión. En efecto, Inocencio I en este siglo - en concreto el 19 de marzo de 416- contesta a una carta de Decencio, Obispo de Gubbio, en la que se planteaban diversas cuestiones entre ellas precisamente el lugar que debe ocupar el gesto de la paz. A esta cuestión el Papa responde a Decencio:

Referente a la paz, que según tú dices algunos anuncian al pueblo (se refiere a la fórmula *La paz del Señor sea siempre con vosotros* u otra parecida) y los

ambrosiano sitúa la paz antes de la plegaria eucarística (aunque *permite como segunda opción* situarla antes de la comunión); 2) a algunas Iglesias de Africa a las que se les ha concedido la antigua ubicación de la paz y 3) a las Comunidades Neocatecumenales a quienes parecidamente se les ha concedido situar la paz al término de la Liturgia de la Palabra.

2 En el rito ambrosiano, que actualmente es casi una simple variante del romano, la paz se daba, como en el romano, antes de la comunión. Pero quedaba el vestigio de que antes de iniciarse la plegaria eucarística el diácono invitaba a los fieles al gesto de la paz, aunque ése no se realizara hasta después de concluida la plegaria eucarística. Después de la reforma del Vaticano II en el rito ambrosiano la paz ha recuperado su lugar primitivo, aunque el gesto se puede realizar *también* antes de la comunión.

ministros se transmiten entre sí *antes* de la celebración de los divinos misterios (antes de la Plegaria eucarística), hay que afirmar que en realidad, según la regla, la paz debe ser proclamada *después* de los divinos misterios (es decir terminada la Plegaria eucarística), misterios que no conviene revelar (la ley del arcano no permitía escribir las palabras conocidas únicamente de los cristianos).

En este breve texto tenemos varias notas interesantes: 1) que según Decencio la paz, en las mismas cercanías de Roma (Gubbio esta situada en Umbría, dependiente de la metrópoli romana), estaba ubicada, como en el resto de las liturgias, *antes* de iniciarse la Plegaria eucarística; 2) que el Papa quiere un uso nuevo con relación a la costumbre primitiva de Roma (Justino [s. II] e Hipólito [s. III] hablan de la liturgia de Roma que sitúa la paz antes de la Plegaria eucarística); 3) que el *nuevo* uso romano de situar la paz después de la Plegaria eucarística no traspasa aún la ciudad o región de Roma, pues en Gubbio, que no dista de Roma, se conserva la antigua práctica; 4) Que, de hecho, es Roma la que introduce un uso nuevo y distinto tanto de la costumbre romana anterior como de la usual en las otras liturgias; 5) y que Inocencio I, como comentaremos en un próximo artículo, presenta una motivación (¿curiosa?) del cambio de ubicación de nuestro rito.

6. Importancia de clarificar el verdadero significado del rito de la paz

Con las notas que hemos aportado hasta aquí no pretendíamos en manera alguna describir la historia del rito de la paz sino únicamente poner como unas premisas en vistas a clarificar el más genuino sentido de nuestro gesto y ayudar con ello a que mejore su actual realización y su vivencia espiritual.

Lo que aquí realmente interesa plantear es, pues, cuál sea el genuino significado del rito de la paz y cuáles las mejores maneras de explicarlo, realizarlo y vivirlo espiritualmente. Ha sido precisamente para responder a esta cuestión por lo que hemos aducido las breves notas de la historia de nuestro gesto.

Si se quiere mejorar y hacer más expresiva la celebración interesa, pues, que las mismas maneras de realizar y explicar el rito de la paz eviten toda clase de equívoco. Reflexionar sobre los modos con que la Iglesia ha realizado en la historia -y realiza actualmente- nuestro gesto puede ser altamente útil para expresar el misterio cristiano y para evitar en este rito gestos aberrantes del genuino sentido de nuestro gesto.

7. El gesto de la paz signo de amor y comunión fraterna

El rito de la paz es un signo de comunión, amor y amistad fraternos. En esto concordará todo el mundo. Pero ello, por válido que sea, no es con todo suficiente. Hemos de ahondar más y preguntarnos: ¿de qué comunión fraterna más en concreto es símbolo el rito de la paz? Porque se da una amistad familiar, una amistad de los congregados, enraizada también en el amor mútuo e incluso una más amplia solidaridad, derivada también del amor pero mucho más amplia que el círculo eclesial. El rito de la paz, ¿se refiere, pues, indistintamente a todos estos matices de amor y comunión o tiene por el contrario concreciones diferenciadas o específicas? Aquí los datos históricos a los que hemos aludido más arriba pueden ayudar no poco a dilucidar nuestro interesante dilema.

8. El rito de la paz, signo de comunión intraeclesial

Es innegable que la vocación cristiana obliga a los fieles a amar, sin límites ni fronteras, a todos los hombres como lo hizo el que quiso ser llamado nuestro *Maestro y Señor* (Jn 13, 14) y que derramó su sangre por nosotros y *por todos los hombres*. Pero ello no obsta a que entre los cristianos se dé un amor intraeclesial peculiar y más intenso, característico y propio de los seguidores de Jesús. Ni se puede olvidar que sobre este amor eclesial, específico del cristiano como tal, insiste tanto el Nuevo Testamento (Cf. v. gr. Jo 13, 14; Hch 2, 44) como el conjunto de las fuentes primitivas cristianas.

El rito de la paz, ubicado en el interior de la celebración, se sitúa sin duda en el contexto de la comunión eclesial y es preciso subrayarlo en este sentido sin ambages ni ambigüedades. Nunca nuestro rito ha significado el simple amor al hermano hombre -al que el cristiano debe amar sin duda alguna, incluso desde su identidad cristiana- sino que siempre ha sido signo del amor y de la comunión intraeclesial del miembro de la Iglesia hacia el hermano en Cristo. Este matiz -hoy a veces desdibujado seguramente por el humanismo que invade a los fieles- hay que subrayarlo, pues, y vivirlo con intensidad.

Para captar mejor lo que significa el rito de la paz como signo de comunión cristiana podemos comparar nuestro rito con otro gesto ritual análogo -que desgraciadamente algunos confunden con el rito de la paz-; el del ósculo de

comunidad ministerial o religiosa que reciben los ordenandos o los religiosos en la ordenación o profesión respectivamente. El Obispo, por ejemplo, o el presbítero recién ordenados abraza no al conjunto de los fieles sino únicamente a los Obispos o presbíteros, según el caso, como signo de su nueva comunión ministerial con los demás miembros del orden episcopal o presbiteral. Y lo mismo hace el nuevo profeso con los miembros de su monasterio o congregación. De manera análoga, pues, el signo de la paz significa la comunión eclesial entre los que forman el Cuerpo de Cristo

9. Realizar expresivamente el rito de la paz

El rito de la paz es indudablemente un signo cristiano primitivo e importante. Un signo por otra parte que en el decurso de la historia ha sufrido variaciones tanto por las maneras de realizarse (antes de la Plegaria eucarística, antes de la comunión, realizado por toda la asamblea, reducido a sólo los ministros y corales, dado a los fieles únicamente por medio de un instrumento (porta-paz), etc.), como con respecto al significado que se le ha querido dar y los modos como en realidad se ha realizado y vivido (algunas veces incluso -lo comentaremos próximamente- como sustituto de la comunión sacramental). A este importante gesto le ha acontecido, como a otros muchos ritos, que «en el decurso del tiempo se le han adherido elementos que *no responden bien* a su propia naturaleza» (Cf. Sac. Conc. 21) y que, por ello, es preciso velar para que el gesto no pierda su originalidad cristiana y se realice con máxima expresividad. *Aprovechar*, por ejemplo, el rito de la paz para que el celebrante felicite a los novios en la misa de matrimonio, o dé la condolencia a los familiares de un difunto en la misa exequial es, a todas luces, falsificar el gesto. Como lo es también convertir nuestro rito de comunión eclesial en un simple gesto de amistad humana (algunos cantos que a veces acompañan el rito caen en este equívoco). Otro defecto frecuente es el de crear en torno al gesto de la paz un ambiente de movimiento excesivo en el momento *misterioso* (es decir, situado en el corazón de la celebración de los divinos misterios) en el que tiene lugar el gesto sagrado. De todo ello hablaremos en un próximo artículo, examinando también -y éste es el objeto primordial de nuestro estudio- los modos actuales de realizar el gesto y de su necesario mejoramiento en vistas a que recupere su expresividad más propia y su verdadera identidad cristiana.